

Adiós sin Despedida

Por EUGENIO GUTIERREZ ARTEAGA

Por su hermano Raimundo me entero aquí, en la soledad nevada del Estado de Virginia, de la muerte del poeta Armando Rubio Huidobro. ¡Qué fría venganza, qué rabia, qué amargura!

Es una bofetada a la sensibilidad, al talento, a la preciosa alegría de la conciencia. Así, sonora, seca, despiadada, como inútil, sordo y ciego es el lamento. Tiene el rostro de los ojos que no ven, cubiertos de estrellas, invadidos de nostalgia, centinelas de la noche, al pie de la nada. Con la partida de Armando siento el corazón rumoroso del mundo disolverse sin ruido en el aire transparente.

Alto, delgado como una silueta mágica, con su cabellera prendida a los mares australes, navegando desiertos, o, quizás, apenas detenido en los salares y en la infinita porfía del viento norte. Bajó a la tierra, a cobrar hondura, a medirse con las raíces, hasta el cuello

de las araucarias, más allá del sueño de los alerces, junto a los remolinos y a la calma que sólo llega con la muerte.

Cae la nieve y también cae el silencio, horrible, dramático, en una fuga sin aurora. Entonces, creo que Armando no se ha marchado, que sus trancos, con la fuerza de un torrente, vuelan como los 25 años de su vida, que se nos fue por entre los dedos.

Lo vi varias veces en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Conversamos junto a otros poetas jóvenes. Compartimos algunos cafés. Algo del terruño partió con Armando. También se llevó atardeceres, futuro. Tan pronto que partió y, sin embargo, nos legó perspectiva, horizontes y una sonrisa que nada ni nadie detendrá. A veces la vida da palmetazos de maestra regañona. Como el adiós sin despedida de Armando Rubio Huidobro.